

OROSPEDA

REVISTA QUINCENAL
CIENCIA * LITERATURA * ARTE

Año II Murcia 2.^a quincena de Abril de 1917 Núm. 10

Los Conspiradores

(Episodio murciano
de la guerra de Sucesión).

II

En el capítulo anterior (como dicen las novelas por entregas) dejamos a Vicente Llofriu, el impresor, metido en la cárcel; lo que le acaeciera en la sustanciación del proceso, ha quedado, al menos por ahora, en secreto. Piadosamente pensando, debemos suponer que salió libre, y muy aliviado de las preocupaciones que originan los bienes temporales. En el cargo de impresor del señor obispo y del Santo Oficio, le sucedieron Jaime Mesnier, que tenía su oficina en la Platería, y Diaz Cayuelas, que tenía el taller en la Lencería.

La guerra tomó un carácter marcadamente religioso, y a ello contribuyó la célebre «Pastoral» en defensa de los derechos de Felipe V, en que nuestro gran obispo desarrolló todo su saber teológico-político. El más poderoso y mejor manejado de sus argumentos fué la Bula de 11 de Julio de 1705, expedida por la Santidad de Clemente XI, autorizando al Rey para castigar a los clérigos desleales sin incurrir en irregularidad. Por esto, dirigiéndose Belluga a los clérigos que defendían la candidatura del Archiduque, calificaba sus opiniones de *error teológico* contra la fuerza del juramento de fidelidad y la potestad del Papa; y que, por lo tanto caían de lleno bajo la jurisdicción del Santo Oficio. Esta predicación de una especie de guerra santa, (como observa Menéndez Pelayo) contribuyó mucho a enfervorizar a la gente irresoluta,

pero ahondó la sima que separaba a uno y otro campo, hasta el punto de hacer los austriacos casi cuestión de honor, el echar mano al Obispo.

La ciudad se preparaba, en tanto, a resistir lo mejor que pudiera. El principal cuerpo de guardia estaba en Santa Catalina; la iglesia, que parecía una barraca mal pergeñada, conservaba aún el minarete de la mezquita que allí hubo en tiempos de la dominación musulmana, y desde su plataforma se atalayaba perfectamente la huerta y sus alrededores; en uno de los aposentos más altos estaba el reloj de la ciudad, que se *soltaba* (rudimentaria sonería) en las fiestas y regocijos públicos; y sobre la puerta del templo un gran porche con una lápida (actualmente en el Museo Arqueológico) prohibiendo a los que allí concurrían, hacer ciertas cosas que todavía prohíben los bandos de buen gobierno. En la misma placeta estaba el Contraste, con su sala de armas; allí tenían sus despachos los escribanos, se celebraban los autos de fé, las subastas públicas etc. Había otros retenes de tropas en la casa y torre del Mercado (frente a lo que ahora son casa de los Condes de Almodovar y Banco de Cartagena) Palacio viejo de la Inquisición, Puerta de Castilla, y en el Puente junto a la Torre de Caramajul; este punto era muy estratégico, pues allí doblaba el río por su antiguo cauce para formar una especie de voluta, en la Puerta de Orihuela.

Cuando el Marqués de Rafal (anteriormente adicto a la causa del primer Borbón español) levantó en Orihuela banderas por el Archiduque, se fugaron de aquí los más comprometidos o irreflexivos, entre ellos los regidores don Antonio Sandoval, don José de Rocamora, don Diego Rejón de Silva, don Sebastián de Piña, don Luis Panés y don Francisco Javier de Molina. El Concejo los declaró traidores, exonerando-

los de sus cargos, honores y privilegios, y embargándoles los bienes. Fué también el escribano del Ayuntamiento don José de Azcoitia, que vivía en la placeta de San Nicolás, frente a la iglesia vieja.

La batalla de Almansa, tan decisiva para la paz de esta región y afianzamiento de la corona en las sienes de Felipe V, hizo que muchos conspiradores se arrepintieran pronto de su calaverada, pero ya era tarde. La ciudad tiró una nueva redada y en ella cayeron entre otros pájaros de cuenta, el escribano Azcoitia, que se había vuelto del campo del archiduque y estaba oculto en casa de su íntimo amigo Alonso Santillán, en San Bartolomé; Francisco Ramón Serrano, a quien cogieron en casa de su cuñado el boticario de San Pedro; un hijo de Ginés Martínez, recién llegado del ejército rebelde de Valencia; un beato, cuyo nombre no consignan las crónicas, que fué artillero en Cartagena mientras la plaza estuvo por el archiduque; el paradero de este prójimo fué descubierto por el jurado Patricio Serrano.

También fueron presos Sabastián González, de oficio ropero, *ciego*, tío del licenciado Medina que había estado en las filas enemigas, y «con su conversación perjudicaba a la salud pública» y un cierto maestro de gramática llamado Olivares, que vivía junto al Trinquete de quien había recelo. Al sastrero de la Platería, Juan Martínez, no pudieron ponerlo a la sombra porque se unió a las tropas del titulado Carlos III, pero prendieron a su mujer, género de atropello muy del agrado de las autoridades antiguas y modernas.

La suerte de la mayor parte de los comprometidos fué muy varia. Don Sebastián de Piña, cuya era la mejor y más cómoda casa que había entonces en Murcia, había muerto en el destierro. A don Martín de Molina le vendieron bienes suficientes para pagar al pósito 1.000 fanegas de trigo, a 21 reales, que se enviaron para socorro de la plaza de Orán. Al escribano Azcoitia, condenado a garrote vil en rebeldía, lo indultó el Rey de la pena capital; pero se pasó siete años en la cárcel (desde 1807 a 1914) en la mayor pobreza, y sus bienes fueron vendidos a don Francisco Costa y a don José López Mesas, aunque sospecho que debió de recuperarlos algunos años después.

El más tenaz e ilustre de todos ellos, fué don

Diego Rejón de Silva, famoso por sus grandes conocimientos militares, que en 1705 había sido el principal organizador de la defensa de Murcia. Adicto, primeramente a Felipe V, pasóse luego al campo del Archiduque, quien le nombró marqués de Alcantarilla y le encargó la defensa de Denia contra las tropas del Mariscal D'Asfeld. Las preezas, los alardes de ingenio y de sereno valor que allí realizó este insigne murciano, pueden calcularse leyendo la descripción del cerco en la «Historia de Denia» por don Roque Chabás (t. II. pág. 171 y siguientes). Al concluir dicho sitio que el arrojó de don Diego hizo levantar, poco después del 27 de Junio de 1707 en que se planteó, seguía desempeñando el gobierno de la plaza, hasta 1.º de Mayo en que resignó el mando en el general de batalla don Felipe Valera. A partir de esta fecha, su personalidad desaparece, no se sabe más de él; y en el segundo sitio de Denia, no suena ya su nombre.

La vida, vicisitudes y muerte de este célebre paisano nuestro, es tema lo suficientemente interesante para que algún erudito se dedique a su investigación con mejor fortuna e ingenio del que tuve yo en esta demanda.

El tiempo ha aventada hasta las cenizas de aquella hoguera de pasión y de rencor en que ardieron de modo trágico y miserable tantas supuestas grandezas y ruindades. Sólo ha quedado lo eterno, lo imperecedero, la obra de caridad y abnegación del Obispo Belluga, y las creaciones admirables de aquel genio que vino al mundo en los días de más recia pelea en una casita de la calle de las Palmas, el 12 de Mayo de 1707 y se llamó Francisco Salzillo.

JOAQUIN BAGUENA.

MENUDENCIAS

Cuando se comentan en las tertulias taurófilas las increíbles «espantás» del Gallo, contrastándolas con admirables faenas del mismo torero y en una misma corrida, los aficionados suelen traer a colación fenómenos análogos observados en otros diestros

de arte desigual, aun que de menos talla torera que este Rafael.

Y al efecto se recuerda lo que solía acontecerle al delicioso Lavi, hace más de medio siglo.

Una tarde toreaba este modesto espada en una plaza andaluza. El bicho se le puso entablerado y difícil. El pobre Manolo sudaba la gota gorda, y a distancia y con medios pases, quería ponerlo en condiciones de tirarse a paso de banderilla para quitarse a aquel enemigo de delante.

Pero a pocos pasos y entre barreras, de codos sobre la valla, se hallaba contemplando la faena un tío. «marchoso», reputado entre la población indígena como el mayor «guasa viva» de aquellos contornos y que además tenía la rara habilidad de ser ventrílocuo.

Y cuando el pobre Lavi, todo vacilante y nervioso, flameaba el trapo con la izquierda y parecía resolverse a aprovechar, el ventrílocuo, en el silencio de ese momento supremo, dijo con un tono tétrico, como salido de una tumba:

—¡Lavi! ¡me paese que te voy a sacar las tripas!

El diestro palideció, miró a la fiera con ojos desencajados, arrojó estoque y muleta y emprendió una carrera loca, hasta que, topando con la valla, se tiró de cabeza al callejón.

Como el toro, a todo esto, permanecía inmóvil, el público soltó también el trapo de la risa.

—Pero ¿qué te pasa, hombre? —le preguntaban chungueándose.

—Una cosa mu rara: ¡que ese toro habla! —decía Lavi en el paroxismo del terror.

Fueron vanas las amonestaciones de la presidencia y vana también la rechiffa del público. Transcurrió el tiempo reglamentario y los cabestros encerraron al toro parlante.

Lavi vivió desde entonces creyendo a puño cerrado que, así como hay hombres que pueden mugir, hay toros que pueden hablar. Es una teoría.

De este torero se cuenta también que hallándose en cierta cacería regia, fué presentado a la reina Isabel II, y en la breve char-

la que ambos sostuvieron, hubo de decirle la augusta soberana:

—¡Válgame Dios, hombre! ¿Tú no temes que esa profesión tan arriesgada te cause algún grave disgusto?

A lo que contestó el torero:

—Zeñora; el hombre que va bien comió, bien bebío y bien vestío, ze acuesta en la cama y ze quea dormío.

Hace una veintena de años vino a Murcia el famoso Don Tancredo a ejecutar la suerte de su invención, y esta novedad llevó a la plaza una entrada enorme.

Cuando apareció en el ruedo, alba y gentil, la figura interesante del hombre marmóreo, estalló una ovación loca. Pero en cuanto subió al pedestal, cruzó los brazos y adoptó la actitud estatuaría, se hizo en la plaza un silencio de tumba.

De los toriles salió, pausado, el toro; avanzó unos pasos con mirada investigadora; se encaminó solemne hacia la inmóvil figura; oteó; lanzó un resoplido espeluznante, y la estatua, hasta aquel instante rígida y serena, comenzó a conmoverse; temblaron febriles las pantorrillas de Don Tancredo, y como una centella saltó de allí y huyó despavorido.

Ni esperó, ni consintió; pero «aguantó» una silba inolvidable, definitiva.

Un ingenioso periodista murciano tuvo la humorada de inventar el motivo de aquella espantada, que derrumbó en un instante la leyenda del valor impertérrito de Don Tancredo.

Decía en la revista del espectáculo que el fracaso obedeció a habersele parado a la estatua una avispa en la nariz, y clavándole el aguijón doloroso, le hizo estremecerse y salir por piés.

Lo chocante fué que el propio Don Tancredo llegó a creer a pies juntillas lo de la avispa, y años después, cuando lo contaba a los amigos, todavía se rascaba.

La prensa de Madrid tomó en serio lo del picazo, y el periodista provinciano se reía una barbaridad.

En un pueblecito de esta región, de los que ha recorrido recientemente Eugenio Noel, predicando contra la fiesta de toros, hizo tal mella en los sentimientos populares la persuasiva lógica del solitario apóstol, que la hermandad de San Roque, organizadora de las fiestas del Patrón, estuvo a dos dedos de borrar del programa una becerrada que figuraba entre los principales números de éste.

La mitad más uno de los congregantes votó, a vuelta de varios cabildeos, por la intangibilidad de la tradición, y la becerrada continuó anunciándose a golpe de bombo y chirimía.

Formaban las cuadrillas unos cuantos jóvenes de la capital de la provincia que ya habían demostrado sus habilidades en diversas capeas y becerradas, y eran capitaneados por el *Soguilla* y el *Pantera*, la flor y nata de la afición.

Carretera adelante, y anda que te anda, los modestos toreros llegaron al pueblo, hambrientos y despeados, dos horas antes de la corrida.

Salió a esperarlos, según era de rigor, la música del pueblo, y una vez llegados a la posada, se lanzaron impetuosos sobre una enorme perola de arroz y pollo que les tenía preparada el activo Hermano mayor de la cofradía de San Roque.

A decir verdad, el recibimiento, aunque mediaba Agosto, fué bastante frío. La doctrina de Noel flotaba en la atmósfera como una protesta de nieve, y la soledad de la taquilla auguraba un descalabro económico.

Los toreros comían con gula, y con tal reposo tomaron la operación, que apenas les quedó tiempo para cepillarse la ropilla de chule, apretarse la faja encarnada y alisarse las gabereras. La hora estaba al sonar.

El *Pantera* se quedó a la mitad de los postres, y echando el ojo a una fuente de higos secos que en la mesa permanecía incólume, metió las manazas; se recalcó el seno, y ¡hala! que es tarde.

Cuando las cuadrillas hicieron el paseo, en la plaza se hallaban, el alcalde, que presidía, la mitad más uno de los cofrades de San Roque, la música y como unos treinta espectadores.

Al segundo becerro se acabó la función de un modo trágico. El *Pantera* fué empitonado y zarandeado horriblemente hasta que cayó boca abajo inmóvil.

¡Pánico general! Al levantarlo los peones, notó el público que por debajo de la suelta faja escarlata se desprendía una masa paraliza. El horror se pintó en todos los semblantes y el público salía de la plaza exclamando:

—¡Muerto rematao del tío! Le ha sacao hasta el quilo!

Pues, no señor, no ocurrió nada. Lo que *Pantera* se dejó en el ruedo fué el kilo de higos que el muy goloso se metió entre pecho y faja. Un ligero susto y nada más.

El diestro y sus colegas regresaron aquella tarde á la capital, utilizando, como de costumbre, la socorrida *via talonaria*.

JOSE FRUTOS BAEZA.



NUESTROS POETAS

El pinar de Rávena

Eco a la sinfonía del inquieto Adriático
hace al templar el viento las mil arpas frondosas
cuyo gigantes troncos y altas ramas añosas
emanan de recuerdos un efluvio aromático.

El delgado fantasma del gran vate enigmático
que cantó sus divinas visiones tenebrosas,
cual de su prescripción en las horas brumosas,
yerra hoy en el desierto laberinto selvático.

Riman el mar cerúleo y el verdor de las dunas,
con pinos milenarios pantanosas lagunas:
¡paisaje en que, al ensueño, del poeta arde la sien!

Bosque de agrios matices e incógnitos retiros,
guarda huellas de Giotto y de Byron suspiros
tiene sombras de averno y claros del edén.

Heliotropismo

Gira el alma a compás de tu mirada
entreabriendo su cáliz a tu oriente
y ríe si te mira a tí riente,
y llora si te observa contristada.

El poder esotérico de un hada
tienes para rendir así mi mente,
y la fascinación de la serpiente
siento al ver tu pupila en mí clavada.

Es mi vivir el éxtasis inmenso
con que tenaz y férvido en tí pienso
con una fatalista idolatría.

Sol de mi cielo, sigo tu carrera:
si tu luz se eclipsara o se extinguiera,
mi corazón en flor se cerraría.

Fileografía

Jardín de una ideal ciudad lombarda,
junto de un río plácido y liviano,
donde crece el rosal regio y galano
y una fuente gentil murmura tarda.

Silveta al fondo elévase gallarda
del campanile: un sabio y noble anciano
la teología del amor profano
desentrañando va que el pecho guarda.

Pasan allá las cándidas parejas,
trinan las aves sus celosas quejas,
y al acento platónico despierto,
mientras llegan de Arezzo leves brisas,
escribe entre sollozos y sonrisas:

— *Amor che vedi ogni pensier aperto.....*

ANDRÉS SOBEJANO.

En torno a la poesía de Ricardo Gil

(Conclusión)

Me coarta el temor de ponerme pesado. No he querido decir eso. El temor de manchar con mis pedestres observaciones la inmaculada poesía del gran artista; pero no resisto a la tentación de llamar vuestra atención hacia una de las grandes cualidades poéticas de Ricardo Gil que de propósito he dejado para lo último y es ésta: El gran lírico—y Ricardo Gil lo es altísimo—ha de hacer sentir a sus lectores el escalofrío metafísico. En tiempos pasados, dice el ilustre Lanson, el sentimiento religioso canalizaba en la vida individual y en la literaria la emoción y el pensamiento metafísicos, y hoy, que por el progreso y la diferenciación de la filosofía ha dejado de hacer ese oficio, todos los sentimientos que la religión encerraba en ciertos actos de la vida y en determinados géneros literarios, la ascética, la mística, la oratoria sagrada, han inundado la vida, toda y toda la literatura, y hoy la gran lírica y la épica transformada—pienso en *Sully Prudhom*—nos proponen meditaciones y símbolos de lo universal, de lo infinito. Ved estos seis versos de Ricardo Gil:

Con cuatro tablas negras labró la muerte
(avara
el ataúd estrecho, cerrado lentamente,
Jonde sus restos pálidos deposité yo mismo.

Abismo sin orillas ni fondo nos separa...
Con cuatro tablas negras he de formar un
(puente
que cruzará el abismo.

¿Lo veis? Una imagen poética, la de un abismo sin fondo atravesado por un puente, le sirve al poeta para hacernos sentir en el fondo del fondo del alma lo transitorio de la vida terrena y la esperanza inefable de la ultravida. Y ved cómo lo hace: con cinco alejandrinos de bronce, que terminan rápida, casi fugazmente con un hemistiquio de

siete. Los alejandrinos son como los mejores de los mejores trozos del *Rimado de Palacio* del Canciller Ayala, sólo que mejores.

Ese escalofrío de lo metafísico, bañando, velando las preocupaciones sociales de la vida contemporánea, envolviendo a éstas como en una gasa celestial tejida con los recuerdos inefables de la vida humana del hombre Dios, constituye la más hermosa poesía, quizás, de la lírica castellana en el siglo XIX. Un paréntesis. Conste que yo soy, aunque indigno, adorador del humorista Campoamor, del mago Zorrilla, del atormentado Espronceda, del delicadísimo Bécquer; conste que yo no soy quién para discernir coronas ni señalar puestos jerárquicos; conste que yo no digo que Ricardo Gil sea el primer lírico español del siglo XIX, que tan grandes líricos presenta; lo que yo afirmo es que no creo que en la decimonovena centuria haya en el Parnaso español poesía superior a la *Parábola del Sembrador*. En ella suenan los ecos de las *logias*, de los divinos discursos que San Mateo transcribe, porque los había oído de boca del Maestro, los había escuchado con los oídos y con el corazón y luego los transcribió por inspiración providencial de tal manera que el que una vez a solas consigo mismo ha leído aquellos capítulos que empiezan: «Y viendo Jesús a las gentes subió al monte...»

Ya lleva para siempre en el corazón la chispa del fuego de la caridad. Hay en *La Parábola*, a más de la inquietud metafísica, las preocupaciones todas de un hombre del siglo XIX que ve como agoniza una forma de organización social sin que se prepare al mundo para recibir la organización que ha de venir. Hay el lamento desgarrador que arranca de los pechos generosos la contemplación del hecho tristísimo de que la misma sabia organización que produce la máxima riqueza, causa también como secuela inevitable la ínfima miseria.

Hay la fé en la ciencia, la fé en la verdad, el entusiasmo por el progreso; y junto a esto la tristeza inconsolable de que en un régimen viciado hasta la verdad se convierte en fuente de mal. Pero a pesar de esas sinceridades amargas, *La Parábola* no es triste, ni produce en el lector una impresión depri-

mente, antes al contrario, como por toda la poesía circula la fé en la verdad y en el bien que quedan asentados desde el primer verso sobre las palabras de Jesús junto al lago, la impresión definitiva de la poesía es de consuelo y de esperanza encerrados en la última estrofa en que casi se equipara la acción del hombre bueno en la tierra con la obra infinita de Dios infinitamente creador, sembrador de mundos.

Ya he abusado excesivamente de vuestra benevolencia, el continuar hablando sería imperdonable; por eso prescindo, aunque con pesar, de hablaros de otras poesías tan bellas, aunque os parezca imposible, como las que he citado.

Aquel soneto inefable titulado «Sueña», aquel otro de «El Ultimo Libro» titulado «La Urna», la maravillosa «Canción de las Llamas», de «La Caja de Música»; pero basta porque ya es excesivo lo dicho y quiero acabar.

En el actual momento de la vida española es verdad que hay un problema agrario y un problema financiero y un problema político-administrativo etc.; pero la solución de todos esos problemas se facilitaría resolviendo el que si fueren de los más grandes conocedores del alma nacional, a juicio de los Menéndez Pelayo (que echaba de menos a los frailes, no como católico, sino como erudito, considerando los conventos no como focos religiosos sino como centro de cultivo de las ciencias), los Costa, los Macías Pica-

vea, los Carracido, los Altamira: ha de ser la clave de todos ellos. Para que España vuelva a ser la gran nación que fué y que merece seguir siendo, tenemos que conocer, conocernos y ser conocidos; estudiar mucho la realidad toda y estudiarnos mucho a nosotros mismos; y hacer que los demás nos estudien. Bien está, sin duda, no bien, sino muy bien que corran el mundo nuestros cómicos y nuestros danzantes. Muy bien que vaya a América la Guerrero y que haga saber a los forasteros que *En Flandes se ha puesto el sol*; muy bien que vayan la Goya y la Imperio para mostrar a los extranjeros que en España hay quien canta y baila con gracia; pero es mucho más fecundo para nosotros y para los americanos que vaya Altamira a hacer ver á los porteños que si la España de pandereta es encantadora, no es, sin embargo, lo mejor de España; que eso es una mínima porción de España, la gracia española; pero que lo más del alma nacional lo constituyen otras cualidades más grandes y transcendentales, a saber: el valor indomable, la sobriedad heroica, la amplitud de entendimiento, la sutileza, el sentimiento de la realidad etc. porque no son estos ni el lugar ni la ocasión para disertar acerca del alma española.

Y termino, no sin enviar antes un cordial saludo al mágico, dulce poeta a quien tan deliciosas horas de suave placer debo. Perdón, debemos, he querido decir.

ANDRÉS BELLOGIN.

“EL JARDINERO,”

Rabindranath Tagore, músico y poeta, dramaturgo y filósofo, tiene un nombre famoso en la literatura universal consagrado en Europa desde 1913 en que le fué otorgado el premio Nobel. Ahora, un nuevo libro suyo—«El Jardinerero»—acaba de ser puesto en castellano, y esta publicación de la traducción española de sus obras, maravillosamente realizada por Zenobia Camprubí de Jiménez, constituye un singular acontecimiento literario, motivo de enhorabuena para la España culta que siente y ama la belleza.

La labor de la señora Camprubí es ante todo una obra de belleza. Lo que en Inglaterra hizo el poeta irlandés Yeats prologando un libro de Tagore y tributando grandes elogios a sus obras, y André Gide en Francia traduciendo «La ofrenda lírica», viene realizando entre nosotros la esposa de Juan Ramón Jiménez con tal acierto, que su amor al poeta bengalí ha prendido muy hondo en nuestros corazones.

Desde Agosto de 1915 en que se publicó la primera edición de «La Luna Nueva»—la segunda apareció en Octubre del mismo año—nos poseía una fervorosa ansiedad por ver en letra castellana, traducidas por la misma mano delicada, otras obras del excelso poeta.

«La Luna Nueva» nos conmovió tan hondamente con su poesía y su ternura, tan dulces lágrimas nos hizo derramar su niño indio jugando a convertirse en una flor amarilla de champaca, o en la ola que romperá riendo en la costa desconocida del regazo de su madre, que en adelante pocos libros alcanzarán en nuestro afecto un lugar junto al suyo.—Sólo los libros inéditos de Juan Ramón nos han producido siempre un deseo semejante al recordar los títulos que el poeta mismo nos ha dado a conocer:

«La colina de los chopos», «Estío», «Sonetos espirituales», «Castidad»..., bellos nombres de

libros, motivos de fervientes anhelos y esperanzas.

Un artículo reciente de Margarita Nelken en «El Día» sobre Zenobia Camprubí, nos hizo creer próxima la aparición de «El Jardinerero». El primer día de Abril, como un don maravilloso de la primavera, recibimos el libro exhalando un gratisimo aroma de amistad. Sobre la nítida cubierta, la firma de la traductora sobre las iniciales J. R. J.

Un delicado poema de Juan Ramón Jiménez «Al Jardinerero» abre el libro, y luego vienen, encendidos y puros, los poemas líricos de amor y vida que el místico autor de *Gitanjali* escribiera en los días de su juventud.

Apasionadas escenas de ternura donde la expresión del amor se enlaza con el sentimiento de la naturaleza, bellos apólogos e inocentes poemas infantiles componen este volumen donde canta el alma de Tagore, abrazando el universo entero con su emotividad lírica.

Perdido el encanto de sus medidas originales al ser trasladados en prosa al idioma inglés por el propio autor, todavía conservan estos poemas en la admirable versión española un recuerdo de su primitiva melodía nacida para ir acompañada de la flauta india.

Deliciosa exhuberancia lírica se expande a lo largo de todo el libro, dándonos la ilusión de divagar por un jardín de primavera donde las aves cantan, y desde cuyas sombras llegan hasta nosotros trémulas palabras de enamorados, dichas con suspirante voz.

En otro lugar de esta Revista podrán admirar los lectores unos poemas de este volumen, cuya edición es ejemplo de sencillez y buen gusto. Ellos justificarán sobradamente nuestra admiración y elogio a la digna traductora del dilecto poeta.

JUAN GUERRERO

Cuentos de "Oróspeda,"

EL MILAGRO DEL CRISTO

Frasquito era dado al vino y a las malas compañías. Su cabeza tenía costuras y tondrones en gran copia, y en el rostro apedreado un siete descomunal, preludio de otro más sensible defecto:—porque Frasquito podía tenérselas tías con Quasimodo en punto a tachas físicas.—El siete remataba en la misma cola del ojo izquierdo, y el ojo estaba escurrido. Dentro de aquel agujero parecía concentrarse el espíritu airoso de mi héroe; era una mirada torva, sin vista, la suya, de aspecto muy temeroso, espejo fiel de su ánimo miserable.

Pues no por eso y el canijo talle que tenía dejaba Frasquito de apañarse cada día con muy flamantes arrequives. Un tío suyo, chalán, habíale recogido huérfano en la edad más tierna. Viejo y ciego el protector, no pudo ejercer en siendo grande el protegido, una autoridad severa sobre éste, en puesto de la educación para que jamás fué apto. Y los ahorros adquiridos duro a duro en el trato de caballerías decrecieron a marchas dobles invertidos en convites liberales de vinazo, porque Frasquito decía que a cuero ajeno, cerrea larga, y que del pan de su compadre gran zatico a su ahijado, siendo sobre todo eso una verdad como un puño que las monedas se acuñan redondas para que rueden mejor...

Contra tan castiza dialéctica nada podía la conciencia protestar. Otras razones no menos sutiles eran norma de su opinar sociológicamente. Entre sorbo y sorbo de peleón, iba ingiriendo ideas algo desprovistas de método con que se le acentuaba su ordinaria dispepsia intelectual. Pero, en fin...

Cerebro que tan sabias filosofías aposentaba, y cuerpo de Apolo, como arriba queda dicho, que tan bien compuestos aderezos se vestía, eran, a lo que piense, el pretotipo de

un ciudadano ejemplar para la España futura.

Ese filantrópico ardor en pro de la humanidad menesterosa que le fué imbuido; ese sistema lógico de colocar lo de atrás delante y lo de arriba abajo; aquel simbolista poema de titanes hecho realidad, de rellenar los mares con los montes para que los pueblos se apreximen espiritualmente y se fundan en uno, de suerte que con sólo levantarse sobre las puntas de los pies puedan los españoles hacer agur a los chinos y los pieles rojas, mandar besos con la mano a los zulús... Aquel justo menosprecio de mohosas y apollilladas instituciones; la comezón de escupir al ver un cura lóbrego, antítesis de la vida azul próximo venidera; el raudal de apóstrofes saladísimos que el lego motilón y mofietudo, con su costal de zoquetes al hombro, le inspiraba; todo ello eran muestras de la excelencia de su cultura, de su bien orientado criterio; en una palabra: de sus virtudes cívicas superiores.

¡Lástima grande, que como reliquias de la gitana alcurnia, no hubiese podido desechar ciertos escrupulillos de feo linaje! El que tan generosamente combatía el fanatismo y la intransigencia con ironías exquisitas y censuras acres muy atinadas, era supersticioso, requiriendo una llave al vislumbrar una setana, escudriñando lo futuro en la disposición de ciertos retángulos litografiados, que una bruja componía según arte de magia; sobresaltándose al escuchar el nombre de la culebra; renegando del martes y del número trece, sus más implacables, encarnizados y crueles enemigos....

* *

Inocencio era sacristán del pueblo; muy entendido sacristán. Nadie como él para le-

vantar soberbios t́mulo el día dos de Noviembre, capaces de apretar los corazones y enrojecer los párpados; nadie como él tampoco para combinar arañas y candeleros, por arte, que sintiesen los fieles, a una, emoción estética y fervor religioso ante las luces simbólicas de la fé. Otrosí, Inocencio fabricaba primorosas flores de trapo, y concertaba con ellas ramos bellísimos; dirigía el ornato de las calles en las fiestas principales del pueblo, ideando cada vez patrones de bambelinas, proyectos de gallardetes y diseños de arcos, insuperables. Allí donde la habilidad de Inocencio se manifestaba, era un cautivar los sentidos y suspender el ánimo y traerlo como atortolado y pamemo en la contemplación, cosa de mucha maravilla.

De altura física no andaba Inocencio muy sobrado; pero así fué roñosa con él Natura en punto a la primera dimensión, como pródiga de anchurias y de gruesos. Pestorejo de cuádruple molla; harto razonable papada; no menos carne y tocino en el resto del cuerpo; unos colores de rosa muy en su lugar... la gloria de Dios. El ropaje era severo, propio de la profesión; negro, holgado, limpio, y sin adornos superfluos.

Criado Inocencio en el santo temor de Dios, y crecido entre beatas y gente de opinión estrecha, la fé y la esperanza eran virtudes en él de mucho arraigo; no así la caridad, sofisticada por mal entender el ministerio militante de un buen católico. Allí donde el señor Cura hallaba un alma involuntariamente tibia, nuestro sacristán percibía hedores de azufre, pecados capitales a más no poder, y el imperio del demonio, para decirlo de una, en todo su terrorífico esplendor. Y con menoscabo de la obediencia debida a su eclesiástico jefe, aplicaba los conjuros, anatemas y conminaciones propias de la podredumbre infernal e irremediable, a unas almas inexploradas, vírgenes —si no es paradoja— de la gracia; incultas tierras que a la primera roturación y al riego más sutil de la palabra divina, habían de quedar en una aptitud de fertilidad maravillosa.

Si esto era con los neutros, ¿qué no pensa-

ría de los malos como Frasquito? ¡Tuvo más agarradas con el párroco a este respecto! El buen viejo, en su calidad de infatigable y solícito pastor, no desesperaba de traer a su redir una tan extraviada res, y el pesimista Inocencio, que no estaba por las metáforas esas de cayado y ovejuela, tenía calificado a Frasquito de poma dañada, incapaz de hallarse junto a otras de su especie sin propagar la descomposición luego al punto. Siguiendo el símil replicaba el cura que ya vería él en su calidad de hortelano hábil o de cocinero diestro o de lo que fuese, de extirpar lo pútrido sin perjuicio de lo sano; pero como a la postre no vinieran a un acuerdo, enfurruñábanse y cada uno tomaba por su lado.

* *

Claro es que si el sacristán no nació para fraile, nadie le vedaba ser bien casado; con que se dió a buscar una muchacha a su gusto; melindroso gusto, por cierto. Es decir: no la buscó, porque, no bien hubo entrado en sus cálculos la idea de matrimonio, puso los ojos en la rolliza sobrina del señor cura, flor y espejo de doncellas honestas, discretas, recatadas y laboriosas, aparte de ciertos encantos físicos bastante aperitivos.

Por ventura no desplazó a la dama el proyecto del galán, y con la venia del párroco y la de su hermana, madre de la chica, concertóse el noviazgo beatífico de Inocencio y Micaela.

Frasquito, cortejo de ésta en otros tiempos, húbolo presto de saber, sintiéndole de veras; tenía al sacristán ahuscado, y deseaba jugarle una trastada; así vino a colmar el saco de sus antipatías la predilección de Micaela por Inocencio, que jamás supo ceñirse unos pantalones de alpaca verde claro, ni tenía cadenas de oro, ni corbatas de colores vivos.

Los enamorados, luego que fueron sabedores de aquello, despreciáronlo, no sin comentarlo en sus entrevistas nocturnas a la reja de la casa parroquial. Muy aparente para tales coloquios, escondida en angosta calleja, y alumbrada por el farolillo de un Cristo venerado en la hornacina de enfrente,

la tal reja venía por su posición y por su situación a ser una reja ideal. Nadie, en semejante punto, turbaba las pláticas amorosas; y éstas, presididas por el Cristo, y medidas por el natural excelente de los interlocutores, nunca llegaron a los livianos extremos a que suele conducir el enemigo cuando los caracteres son de otra índole y los testigos menos sagrados y dignos de respeto.

De esta suerte transcurrieron serenos los días, aparte de tal cual tropiezo de los rivales, que la no muy pura humildad de Inocencio hacía deslizar sin peligro, aunque luego echase pestes do Frasquito, anatematizándolo con todas las maldiciones que el heterodoxo más empedernido merece por su ceguera. Tampoco Frasquito se mordía la lengua ante sus compañeros de holgorio cotidiano, poniendo al sacristán como digan dueñas. Los tales amigos acendrarón el odio y exaltaron sobremanera la bilis de Frasquito, quien, habiéndose topado una mañana con el otro, largó un bilioso exabrupto:

—Oye, grajo: vas a darte por despedido de Micaela, si no quieres gustar las cosquillas de mi mondadientes.

Y abrió y cerró una descomunal navaja albaceteña, electrizando a Inocencio con el ruido.

No hubo tragedia, gracias sean dadas a Dios y a la mansedumbre del agraviado, que como recibiera alas de su mismo pánico, voló a referir sus euitas al propio cura. Allí anduvo danzando la Providencia; porque el reverendo padre chasqueó los dedos de gozo, y donde otro viera un conflicto irremediable, dados los antecedentes del provocador, hubo de hallar los medios para convertir al hereje.

Limitóse ocultando su plan, igual que los novelistas sensacionales, a dar instrucciones a Inocencio, por si las amenazas se repetían y despidiólo sin ofrecerle una palabra de alivio.

Otro día se trepezaron de nuevo los rivales:

—Esta noche supongo que no pelarás la pava.

—Pues si la pelaré.

Dijo esto con aire tan firme nuestro sacristán, que parecía dispuesto a no dejar ni una pluma.

—Mira que voy a robanarte la tripas allí mismo.

—El Santísimo Cristo de las Llagas vela por mí—fué la réplica, dicha de un aliento, como lección bien sabida de rapazuelo medroso;—tiembla tú, que recibirás alguna vez el castigo de tu conducta.

Frasquito calló, atónito. Era la primera vez que le respondía Inocencio. No tuvo acción para detenerlo en su majestuosa y digna retirada, y fué a sacudir el estupor a la taberna vecina donde sus amigos, que habían quedado aguardando, y presenciaron el encuentro desde lejos, con extremos de adalación encendieron la sangre rijosa del chirle guapo.

* * *

El cual, apercibiendo a la noche su truculenta navaja y apostando en los alédaños de la casa del cura a dos de sus más asiduos parásitos, encaminóse con fiero continente a la reja donde Micaela y el sacristán tenían por costumbre departir. Dando espaldas al Cristo, e iluminada por los reflejos del farol que la piedad de los fieles encendía, estaba la víctima,—propiciatoria como se verá—sin recelar siquiera que tan contados tenía sus momentos. El acero homicida se blandió zás! introduciéndose en la carne fofa del novio; pero el criminal no pudo huir con premura, paralizado por cierta dosis de miedo, y ambos dieron revueltos en tierra, quedando debajo Frasquito.

Un guijarro sobre el que tropezó su cabeza, le acrecentó el pánico: y el rostro contraído del Cristo, en quien puso los ojos, esquivando los del muerto, vino a dar un golpe de gracia a la escasa fortaleza de ánimo de que hizo acopio para la empresa. El infeliz cayó desvanecido. Y sus compadres no parecieron.

A los pocos segundos, en los umbrales de la casa se dibujaron dos siluetas; las del anciano cura, apoyado en su bastón, y la del

buen Inocencio, dando gracias y bendiciones prelijas al Cristo de las Llagas.

A regañadientes, y porque el cura se lo ordenó con firmeza, separó el pelele que sobre Frasquito gravitaba, arrastrando a éste hacia la casa, donde se le prodigaron auxilios a pesar de los aspavientos de Inocencio, que decía:

—Pero si Dios ha querido castigarlo, no seamos soberbios, y dejemos las cosas estar.

Contúvolo una mirada severa del cura y, fué a salir de la estancia; pero el accidentado ya rebullía y el pastor de almas, queriendo rematar cumplidamente el resultado del falso milagro que su industria había sugerido, hizo señas de esperar. Y allí fué lo más grande: Al ver Frasquito a su rival en pié, sano, un si es no es sonriente, púsose a gritar, fuera de quicio; y compaginando lo que veía con la fé de Inocencio y su confianza en la protección que el Cristo había de dispensarle, no le cupo duda que Dios existía y se manifestaba así a su maldad, abriéndole impetuosamente los ojos. Un acertado y caritativo sermón del cura, completó la obra, trocándole aquellas groseras supersticiones de gitano en otras más nobles creencias de lo sobrenatural. Y como el fracasado asesino, arrastrárase a los pies del sacristán en demanda de paz, y ofreciéndola muy de veras, Inocencio, de sentimientos generosos al fin, lo levantó en sus brazos, reconociéndolo como amigo.

El referido sermón también desvaneció ciertas nubes tenebrosas en la cabeza de Inocencio; y es fama que éste y Frasquito, gracias a un fraude piadoso, son los dos mejores compadres del pueblo, y los ciudadanos más cabales, salvo lo del ojo del último, que sin un milagro de verdad ya no tiene remedio, por desgracia.

J. B. ESTELLAR

EL PINTOR ABDULIO MIRALLES

Pero a medida que vamos penetrando en las estancias más retiradas del castillo interior, vamos encontrándonos a nosotros mismos y acercándonos a lo que en cada uno hay de único, de incomparable... (Morente—Filosofía de Bergson)

Inútil deciros cuán difícil es encontrar en la vulgar muchedumbre de los artistas actuales, un verdadero carácter lleno de fuerza, que nos muestre la belleza de una incon-



trastable voluntad y un ansia de ideal, capaz de llegar al más divino de los heroísmos.

Veréislos arder en entusiasmo loco cuando surgen los primeros brotes; pero abdicar prontamente y aferrarse al módulo preestablecido, ó vacilar en falsos retorcimientos, para llegar más pronto al codiciado favor del público.

Si alguno, demasiado rebelde, se obstina en la lucha contra su propio egoísmo, contra



Un Descanso de la Modelo, DEL PINTOR OBDOLIO MIRALLES.

sus dudas y sus debilidades, surge el artista en los esplendores de su madurez, abrazado en las ansias de una sed eterna.

Y entonces, ¿qué aplauso, cuántos agasajos serán bastantes a compensar ese sacrificio inmenso que sólo comprenden unos pocos? Porque no es justo olvidar que esa misma tierra que abre el camino a la pujanza de un bello arbusto, sigue sepultando, entre sus guijarros sangrientos, muchas semillas de igual pureza que desvanecen en el olvido la odisea de tantos ignorados héroes.

He aquí porqué ante las obras de Obdulio Miralles, creyendo insuficiente nuestra admiración, hemos dejado que el alma se impregnase de la suave ternura que exhalan aquellos lienzos, pregoneros de un triunfo, que rememoran los esfuerzos de una lucha titánica contra las propias flaquezas y contra la realidad hostil é incommovible.

Este artista privilegiado nació en Totana hacia el 1867, y muy joven todavía, marchó a Cuba, donde algunos periódicos dieron a luz los dibujos que eran sus primicias artísticas.

En el año 90, regresó a la Península, dando muestras de su talento; trabajando incansable hasta 1894, fecha en que acaeció su muerte desgraciada.

Una excesiva modestia de la que se cuentan curiosas anécdotas, sirvió quizás de impedimento a su definitiva consagración; pero ella engrandece su figura magnífica y añade las más altas cualidades de varón insigne a tan preclaro artista.

Nada en él revela torpeza, inconsciencia o apresuramiento; por el contrario, sus evoluciones son naturales y por ellas se induce la tenacidad en el estudio y una franca acogida y penetrante comprensión de todas las teorías y tendencias.

El Círculo de Bellas Artes ha expuesto sus principales obras; en algunas de las cuales se advierte la influencia de los Madrazo, inevitable en un pintor cuya juventud corrió durante la época en que alcanzó su apogeo la escuela de los mencionados maestros. En ellas se distingue como dibujante admirable, de fino colorido y asombrosa fidelidad.

Igualmente en los retratos que demuestran su esmerada visión.

Pero el espíritu analítico de Miralles buscaba el rasgo característico, lo que pudiéramos llamar el vértice de las cosas, que nos sugiere su forma y sus magnitudes.

Varios bocetos patrióticos y de costumbres, empiezan a señalar la personalidad del autor, por su dominio de la técnica y colorismo brioso.

Dos apuntes tomados del natural durante

su estancia en Africa, le acreditan ya de impresionista exquisito, sin llevarle a las exageraciones que han hecho fracasar a otros adeptos de esta escuela. En uno de los apuntes, ha sabido darnos sabiamente la sensación de ímpetu y fogosidad que caracterizan a la caballería africana.

Finalmente, presenta tres bocetos de carácter religioso, admirables en grado sumo. Nos place significar nuestra predilección por uno de ellos, que creemos contiene en toda su plenitud la fórmula personal de pintor.

Representa un momento del Calvario, en que los fariseos escarnecen a Jesús ante la Virgen, María y Magdalena, que gimen desconsoladas sobre las rocas del Gólgota. Es tal la maestría del pintor al interpretar este pasaje bíblico, que los colores trágicos arrancados a su paleta, han puesto allí la tremenda desolación del paraje sombrío bajo los presagios tormentosos, toda la desesperación de la iniquidad brutal y el agobio insufrible de la pena, llevando a nuestro ánimo una intensa emoción, profunda y dolorosa.

Parece que en aquella escena desgarradora puso el artista toda la exaltación de su alma estremecida, haciendo que sus pinceles palpitasen con el temblor de la suprema angustia.

Impresionados al contemplar obra tan intensa, dirígenos nuestros ojos hacia un apunte de Loeb, que entre los rasgos fáciles de su pluma, perpetua la imagen de Miralles, adusto, noble y bizarro como un galán del Romanticismo; lleno de pasión por su arte y dispuesto a sacrificarse algo más que el talento, el corazón y los amores todos.

Pero el destino, al truncar su vida cuando finalizaba el período de formación, parece que quiso darnos a gustar sólo los primeros frutos sazonados de quien debía dar a su patria muchos días de gloria.

Merecidísimo es el homenaje que el Círculo de Bellas Artes ha tributado al malogrado artista con la exposición de sus obras, de cuyo éxito nos congratulamos; enviando nuestra felicitación más entusiasta al indicado centro y al hermano del pintor, nuestro querido amigo don Francisco, a cuya benevolencia se encomiendan estas cuartillas, que, ajenas a todo alarde de pretenciosa crítica, quieren ser un simple comentario sentimental.

JOSE ALBERTO GUASP.

POETAS EXTRANJEROS

De "EL JARDINERO," por

RABINDRANATH TAGORE

8

DESPERTÉ con los primeros pájaros y ya mi lámpara moría. Y me fui a la ventana abierta y me senté, con una guirnalda fresca en mis cabellos sueltos... Por el camino venía él en la niebla rosada de la mañana. Traía al cuello una cadena de perlas y el sol le daba en la frente. Y se paró en mi puerta y me dijo ansioso: «¿Dónde está ella, dí?».

Me dió vergüenza de decirle: «Ella soy yo, hermoso caminante, ella soy yo.»

Anocheecía y aún no habían encendido... Yo me cogía el pelo con desgano. Él llegaba en su carroza, toda incendiada de rojo por el sol poniente. Traía el traje lleno de polvo. La espuma hervía en la boca anhelante de sus caballos... Se bajó a mi puerta y me dijo con voz cansada: «¿Dónde está ella, dí?».

Me dió vergüenza de decirle: «Ella soy yo, caminante fatigado, ella soy yo.»

Esta noche de abril, la lámpara arde en mi alcoba, que la brisa del sur colma, suave. El loro charlatán duerme en su jaula. Mi vestido es azul como el cuello de un pavo real, y verde mi manto, como la yerba nueva.

Sentada en el suelo, junto a la ventana, miro la calle desierta... Y pasa la noche oscura y no me canso de cantar: «Ella soy yo, caminante sin esperanza, ella soy yo.»

32

¡DIME si esto es verdad, díme si todo es verdad!

Cuando relampaguean mis ojos, el nubarrón oscuro de tu pecho me responde como un trueno. Dí, ¿Es verdad que mis labios son dulces como el capullo entreabierto del primer amor voluntario? ¿Es verdad que el recuerdo desvaído de todos los mayos pasados está en mis piernas y en mis brazos? ¿Es verdad que la tierra se deshace en canciones, como un arpa, si la rozan mis pies? ¿Es verdad que el rocío cae de los ojos de la noche cuando vengo; que la luz de la mañana se alegra cuando me coje el cuerpo? ¿Es verdad, es verdad, dí, que tu amor iba solo, a través de siglos y de mundos, en mi busca? Es verdad que, cuando al fin me encontraste, tu deseo milenarío halló la paz completa en mi hablar suave, en mis ojos, en mis labios, en mi pelo suelto? ¿Es verdad, es verdad, es verdad que el misterio del infinito está grabado en esta frente mía, tan pequeña?

¡Díme si esto es verdad, díme si todo es verdad!

Tra ducción de

ZENOBIA CAMPRUBÍ DE JIMÉNEZ.

Dante y las muchachas curiosas

El grave florentino desea un corto espacio de solaz. Toma un volumen bajo el brazo y abandona el aposento donde estuvo meditando serios problemas políticos o evocando tal vez la figura de la gentilísima. En habiendo traspuesto los muros de la ciudad, advierte cómo el sol cae sin hacer daño, sine acericiándolo todo y poniendo una sutil estofa de oro translúcido sobre la ruta fluida que va a emparejarse con el río. Muchas personas han venido antes a solazarse también, y departen, meriendan o tañen instrumentos a orillas del camino. Un mesurado vientecillo toca los rostros como si besara, y riela en las hojas de los álamos. Es decir, que todo se acuerda con el ritmo interior del florentino, tan sosegado y tan igual, como de una vida pura y contemplativa.

Alguien lo mira pasar de reojo; otros lo señalan con el dedo y pronuncian su nombre en voz baja; pero él camina abstraído, gozando la placidez de la tarde.

Maquinalmente desata unos listones de seda que cierran el libro y cuando va a apercebirse a la lectura, se siente llamado de una voz de mujer. Levanta la vista y responde con una cortesía. Hay, entre la orilla del río y la del camino varios grupos de muchachas que tienen vuelta hacia él la cabeza. Unas dejan los bancos donde se hallaban sentadas, se enlazan graciosamente y se ríen con un dejo de burla; otra, vestida de blanco, se soslaya y envía al Alighieri una mirada de candor; otra pone sobre sus rodillas un rabel que pulsaba y al movimiento se le enciende un nimbo en torno a la trenzada cabellera rubia. (Sobre un banco hay abandonadas, unas tocas y una mandolina; medio hundido en el muelle dormita un perro).

La muchacha atrevida que llamó por su nombre al Alighieri, no es linda; pero su habla es muy alegre y gustosa de oír. Ha dicho:

—¿No te será enojoso escucharme unas palabras?

Experimenta el florentino una rápida

turbación, temiendo no se halle en el concurso aquella ante quien se suspenden todos los movimientos de su vida; pero tranquilizado de no verla, responde discretamente, y la muchacha prosigue:

—Mucho nos holgaría a mí y a estas señoras saber cual es el fin de tu amor, que en manifestándose el objeto de él, no puedes sostener su presencia. Peregrino fin de amor será.

Dichas estas palabras, un movimiento unánime de curiosidad inclina hacia el florentino los bustos de toda aquella femenil asamblea. El Alighieri, sosegadamente, contesta:

—Señoras mías, antes era el fin de mi amor, el saludo de la mujer que vos sabeis; y en él radicaba el último punto de mis ansias todas; pero desde que le plugo negarme tal merced, mi dueño el Amor ha puesto el fin en algo que nunca ya puede faltarme.

En acabando de decir estas razones, una ráfaga de inquietud mueve a las doncellas. Pónense a hablar entre sí a media voz y sus palabras salen entremezcladas con suspiros; el susurro de sus gargantas, es como el de muchos pájaros en las ramas de un árbol al amanecer. Luego se acallan y torna a interrogar la primera:

—Te rogamos que nos digas esa nueva suerte de felicidad.

El Alighieri, teniendo su libro apretado contra el pecho, satisface la demanda:

—Está en aquellas palabras que dan alabanza a mi señora.

Entonces sale una pronta réplica de los atrevidos labios femeniles:

—Si hablastes verdad, aquellos conceptos que has dicho, descubriendo tu estado, fueran dirigidos a otro intento.

El florentino abate la vista y calla. Se tinte su rostro de un leve carmín, y a su mente acuden mil ideas de pesadumbre. Es cierto que todavía su amor no alcanzó tanta dignidad, que se viera limpio de toda sombra de egoísmo; pero en adelante determina que sus conceptos amorosos, serán siempre en loa de la gentilísima.

Glosado del párrafo XVIII de «La Vita Nova» y del cuadro de R. Sorbi, «Dante entre las mujeres curiosas».

JOSE BALLESTER

LA CANTIGA DE LA ARRIXACA

I

Corría el año 1243. Don Alfonso el Sabio, príncipe a la sazón, seguido de lucido cortejo de guerreros castellanos, llega a Murcia, a posesionarse de ella en nombre de su padre el Rey Santo, a quien voluntariamente se entregó la antigua *Tucca*. Por entre aquellos muros de salientes y cuadradas torres coronados, por entre aquellas soberbias edificaciones que se llamaron *Alcázar Kivir* y *Alcázar Saguir*, desfila la lujosa comitiva, que al son alegre de los victoriosos clarines de Castilla, atraviesa la ciudad musulmana, y penetrando en el cristiano y apartado *arrabal de la Arrixaca*, llega a las puertas del templo consagrado a Santa María; y echando pié a tierra, Príncipe y Magnates póstranse de hinojos ante la imagen de la Reina de los Cielos, la que tantas y tantas plegarias tenía escuchadas de labios de los muzárabes, antiguos habitantes de la *Cora de Todmir*, que en aquella barriada moraban y de los genoveses, pisanos y sicilianos que desde el año 1010 frecuentaban con su comercio nuestras costas levantinas... Y oró el Rey Sabio; y ante sus ojos desfilaron, sin duda, todas las adoraciones de que aquella imagen de María había sido objeto, las súplicas fervorosas dentro de aquel recinto dominado por la morisma, las lágrimas del pueblo oprimido, y la defensa de sus creencias frente al enemigo; y ve como causa de la voluntaria entrega de Murcia la fé con que sus cristianos lo imploraran; y volviéndose a los que llenaban el templo, proclama a la Virgen de la *Arrixaca* patrona de la ciudad; y funda luego aquí la Iglesia de Santa María la Real, que dió a los Templarios, y a la que más tarde, en su testamento, disponía aquel Rey singular que fuese llevado y enterrado su cuerpo, por ser Murcia, según él dice: *el primer lugar que Dios quiso que ganásemos a servicio del i honra del rei don Fernando i de nuestra tierra.*

Estos hechos, que tan hondamente debieron impresionar la juvenil imaginación del Príncipe poeta, inspiraron su encantadora Cantiga CLXIX, que tiene por tema, cómo Santa María guardaba su iglesia de Murcia, que en vano los moros trataban de destruir. Idea que con amenos episodios y prodigios desarrolla el poeta en doce estrofas, terminadas con esta letrilla.

*A que por nos salvar
Fezo deus madr'e filla*

II

Son las *Cantigas a la Virgen María o Leones et Milagros de Nuestra Señora*, colección de delicadas composiciones poéticas, en que Don Alfonso X canta en mil formas su amor acendrado a la Reina de los Cielos, y su fé ciega en los milagros por ella operados: himno constante de amor y de fé, en el que primero recoge las más acreditadas tradiciones, y luego consigna las mercedes por él y los suyos recibidas de la Virgen María. Mas no son estas lindas composiciones, como algunos han supuesto, meras consejas nacidas del fanatismo; son narraciones místicas, de una finalidad altamente moral, que encierran un gran fondo de piedad y de virtud; y son, al mismo tiempo, inapreciable tesoro histórico, por mostrarse en ellas el estado social de aquel siglo XIII, en cuyo fondo laten ya los sentimientos y las ideas que poco tiempo después han de determinar la transformación social que marca en la Historia la entrada de la Edad Moderna.

Ha sido objeto de eruditas polémicas, si solo fueron del Rey Sabio las cien *Cantigas* primitivas contenidas en el Códice de Toledo, y si son o no suyos los dos Códices que de la Catedral de Sevilla trasladó a la Biblioteca del Escorial el Rey Felipe II—en los que figura la Cantiga de la *Arrixaca*—. Hoy parece ya este punto aclarado: uno y otros pertenecieron al augusto poeta, pues los versos en que parece se fundamentaron los que sustentaban que solo el Códice Toledano era legítimo

*Fez cen cantares et soes
Saberosos de cantar .*

y que en los Escorialenses se hallan en esta otra forma

*Fezo cantares et sones
Saboreros de cantar,*

y aquellos otros del primero

*Pois cen cantares feitos
Acabei et con son*

corregidos en el del Escorial j. b. 2, en esta forma

*Maez poucos cantares
Acabei et con son*

tienen perfecta explicación reconociendo mayor antigüedad en el primero, lo que corrobora las correcciones que en él se encuentran con letra del siglo XIII, y que el eminente arqueólogo P. Andrés Marcos Buriel, y el gran erudito Francisco Santiago Palomares, llegan a afirmar que son de propia letra del Rey Alfonso, que corrigiera más tarde la colección hecha en su juventud. Además, en el testamento del Monarca se dispone que los varios libros de *Cantares et loores de santa María... sean todos en aquella yglesia donde el su cuerpo fuere enterrado*. Así se explica estuviesen todos en la Catedral de Sevilla; pues solo las entrañas de aquel desgraciado Rey vinieron a Murcia. Es, pues, del propio Don Alfonso la Cantiga de la Arrixaca.

Están todas estas composiciones escritas en gallego; no en el dialecto popular, sino en aquella otra rama de este habla, que recogida por los portugueses, y desenvuelta y embellecida por los poetas, adquirió el carácter de verdadero idioma literario. Sorprende al pronto, que hablista castellano de tantos vuelos como el autor de la *Estoria General* y *Las Partidas* recurriese a aquel lenguaje para escribir sus *Cantigas*, no obstante existir en aquella época rimas castellanas. Algo debió influir en esto el haber sido educado don Alfonso en Galicia; pero la principal razón fué, que siendo, aquellas poesías un desbordamiento de dulzuras, un himno purísimo de sublime amor, mejor que con la rudeza de la castellana *fabla*, podía expresarse con el abundante, flexible y armonioso idioma galaico-portugués, cuya

dulzura se adaptaba mejor a la música. Porque las *Cantigas* las escribió el poeta, para ser cantadas ante la imagen de la Virgen; por eso la primera estrofa de cada una va acompañada de su música correspondiente. La lindísima miniatura que campea al frente del Prólogo del *Códice Príncipe*, representa al propio don Alfonso rodeado de tañedores juglares y pendolistas, escribiendo y ensayando una *Cantiga*.

Arsenal de argumentos tuvo el poeta, en primer término en las adorables tradiciones religiosas a las que la fé de los corazones castellanos había dado abrigo; después, en la protección que a él y los suyos dispensara la Virgen, en los libros sagrados de aquella época, en las *Leyendas Mariales*, y en la historia patria; siendo estos últimos de gran valía, por unir a su mérito literario, el pintar los sentimientos de la época, aportar algunos datos curiosos escapados a los cronistas, y dar una prueba inequívoca de la fé con que luchaban aquellos españoles, que lograron, tras la epopeya de la Reconquista, hacer de su patria la primera del mundo.

La Asociación murciana de los Arrixacos, por feliz iniciativa de don Isidoro de la Cierva, acordó reproducir la *Cantiga* CLXIX. Los señores Hauser y Menet, bajo la inteligente dirección del cultísimo académico de la Historia Don Manuel Pérez Villamil, han hecho una copia exacta, conforme al *Códice Escorialense*: es un verdadero prodigio de reproducción, de extraordinario valor artístico. Son tres bellas láminas: las I y III contienen la *Cantiga*; la primera, cuatro estrofas, la inicial adaptada a la música; la segunda, las ocho estrofas restantes: van en tinta negra, menos la letrilla, que va en rojo. La lámina II la forman seis lindas viñetas; la primera de ellas representa como vió Don Alfonso el templo de la Arrixaca. Los vivos colores del original, han sido admirablemente reproducidos: intensos y limpios.

El haberse editado solamente ciento vein-

te y cinco ejemplares de esta bella reproducción, la avalora aún más, y hará que sean disputados por los Arrixacos y los amantes de las bellas letras.

Ha sido una idea muy culta, y de un acendrado murcianismo.

CEFERINO PÉREZ MARÍN.

Divulgaciones de arte regional

La Dama de Elche

I

Estas provincias del S. E., conocidas en la antigüedad con los nombres de *Bastitania* y *Contestania*, alcanzaron en un principio mayor grado de civilización que las restantes regiones españolas. Fuera porque sus indígenas tuvieran mayores aptitudes, o bien porque a estas costas arribaran primero las influencias helénicas y orientales, lo cierto es que nuestra comarca creó un arte y una civilización peculiares que no igualaron nunca los demás pueblos ibéricos. Pruébanlo el testimonio de los historiadores antiguos y más principalmente los importantes descubrimientos arqueológicos realizados en la pasada centuria.

En primer lugar merecen citarse por su importancia arcaica los diversos objetos hallados en el pueblo de Redován, próximo a Orihuela. Entre éstos figuran dos notables fragmentos de escultura que en dicha ciudad compró Pierre París. El uno es la parte superior de una cabeza de caballo o de toro. En opinión de París, indica un arte arcaico, pero muy superior al de los característicos *beceros* ibéricos «por su ingenuidad vigorosa de vista y de interpretación». El otro fragmento corresponde a una cabeza humana de gran tamaño. Si estuviese completa, «sería sin duda —según aquel crítico— uno de los más preciosos monumentos de la pura estatuaria de los iberos».

El anticuario de Orihuela Valeriano Araeil, encontró también en Redován, el fragmento de una escultura en piedra, que representa la cabeza de un ave, especie de grifo. En ella se ve ya la influencia oriental. Fué adquirido, junto con otro que figura el cuerpo de una Sirera sin piernas ni cabeza, por el ilustre arqueólogo Arturo Engel, y hoy se conserva en el Museo del Louvre.

Todos estos objetos, correspondientes al arte más primitivo de la región de Murcia, denotan que sus antiguos habitantes tenían extraordinarias aptitudes artísticas para poder aprovechar las enseñanzas que habían de recibir luego de los helenos y de los fenicios.

Entre las diversas colonias que los griegos focceos fundaron en la Península, estaba, como una de las más importantes, *Artemision* (Denia). Allí edificaron un suntuoso templo a la Diosa Artemisa, difundiendo su bello arte en las comarcas próximas.

La influencia helénica muéstrase ya en nuestra región por los numerosos fragmentos de cerámica, del siglo IV a. de C., hallados asimismo en Redován; por el centauro de bronce, de estilo arcaico encontrado en Rollos, cerca de Caravaca, que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional, y por el Sileno *ithiphálico*, que fué hallado en 1870 en el *Llano de la Consolación* (Albacete hoy en el Louvre).

Los fenicios y los cartagineses, establecidos también en nuestro litoral, propagaron en la región murciana las ciencias y las artes orientales. Su influjo artístico se manifiesta en el ornamento de bronce conservado por los marqueses de Lendínez en su soberbia residencia de Elche, llamada *La Calahorra*. Representa dos quimeras heráldicas formando un grupo simétrico. Debió de ser un accesorio decorativo, probablemente del asa de una vasija.

Otro de los antiguos monumentos de esta región que patentizan la influencia oriental (asirio-caldea) es la famosa estatua de una esfinge conocida con el nombre de la *Bicha de Balazote* —por el pueblo de la provincia de Albacete donde fué encontrada—, y sus similares del *Salobral* (de la misma provincia) y las halladas en Agost (Alicante) en

Diciembre de 1893 y en Bocaironte (Valencia) en 1896.

Uno de los más interesantes fragmentos escultóricos de nuestro antiguo arte regional es la grupa de toro encontrada en el *Llano de la Consolación*, que se conserva en nuestro Museo de Murcia. Esta escultura, aunque fragmentaria, tiene un sorprendente realismo y acusa notable progreso.

Pero el paraje de esta región que ha conservado más numerosos e importantes recuerdos de nuestro arte antiguo, es el célebre *Cerro de los Santos*, situado entre los pueblos de Yecla y Montealegre. Allí debió de alzarse un grandioso templo o santuario, que se identifica, según parece, con el lugar que perduró hasta los comienzos de la Edad Media, con el nombre de *Elo*.

El año 1860 comenzaron a efectuarse en el *Cerro de los Santos* frecuentes excavaciones, que dieron por resultado el hallazgo de más de trescientas estatuas de piedra caliza, probablemente de una misma cantera próxima. Hoy ocupan en su mayoría gran parte de una de las salas de nuestro Museo Arqueológico Nacional. Hay gran variedad de figuras y formas, todas de extrañas representaciones, predominando las estatuas votivas y oferentes. Algunas, como la que lleva el número 3.500, son de positivo mérito artístico. Famosa es la cuestión sobre la autenticidad de muchas de estas esculturas, que motivaron las falsificaciones hechas, a impulsos de la codicia, por un hábil y audaz embaucador, por el relojero de Yecla Vicente Juan y Amat.

II

El 4 de Agosto de 1897, unos cavadores que descombraban unos terrenos del doctor Campeño, en el campo de la Alcudia, cerca de Elche, descubrieron bajo sus azadas una estatua de mujer, que muy pronto se hizo célebre con el nombre de *la Dama de Elche*. Este bellissimo busto, a que destinamos el presente artículo, está íntimamente relacionado con el estilo y el carácter de las estatuas del *Cerro de los Santos*. Es la obra maestra del notable arte ibérico mastiano o contestano, y puede emular con las mejores esculturas del mundo anteriores al clasicismo helénico.

Para baldón nuestro, al igual que otras muchas joyas artísticas españolas, salió en segui-

da de nuestra patria. Poco después de su hallazgo, el ilustre crítico y arqueólogo Mr. Pierre Paris, que realizaba una excursión por España, la adquirió con destino al Museo del Louvre, donde es desde entonces admirada continuamente por los amantes del arte que allí llegan de todas partes del mundo.

Es un busto de gres bastante blando, en que el tiempo ha puesto una fuerte patina amarillenta. Mide 0,53 milímetros de altura. Tiene, por tanto, tamaño natural. Por fortuna la conservación del rostro es casi perfecta. Algo más han sufrido los adornos y el ropaje.

El tocado es de una rica y majestuosa elegancia. Lleva una mitra plana por delante y algo abombada por detrás, cubierta por un velo encarnado, que cae en amplios pliegues sobre la nuca y la espalda. Pero lo que da más carácter a la figura es un extraño adorno a modo de infulas o diadema, de la que penden a cada lado, hasta descansar sobre los hombros, dos grandes y gruesos discos que semejan ruedas de carro con sus cubos, sus rayos y sus pinas y llantas, éstas decoradas de grandes perlas. De sus sienes cuelgan otros adornos a manera de cordones terminados en bellotas.

Cúbrenle el cuerpo una túnica que le cierra hasta la garganta y un manto plegado, en que se ven huellas de su primitiva coloración roja. Sobre el pecho ostenta un lujoso collar de tres vueltas, del cual penden varios dijes o amuletos.

La frente es amplia y llana; los ojos rasgados y ligeramente oblicuos; la nariz delgada y recta, de trazo casi helénico; la boca pequeña, de labios finos y un poco prominentes, que conservan su color rosa; el mentón es redondo y abultado. El conjunto del rostro tiene una delicada belleza y una sugestiva expresión, algo meditabunda y melancólica, de serena majestad. Se diría que es el retrato de una princesa orgullosa de su hermosura y de su estirpe.

Como indican los restos de pintura que aún la cubren, esta estatua fué policromada, según una costumbre muy generalizada en aquellos siglos y que también adoptaron con frecuencia los estatuarios griegos.

Todos los arqueólogos están conformes en considerar a la *Dama de Elche* como obra del

siglo IV ó V antes de nuestra Era, es decir, de hace unos 2.400 años. En lo que discrepan es en su antigüedad con respecto a las estatuas del *Cerro de los Santos*, pues mientras Mr. Henzey y el señor Mérida la suponen un primitivo modelo de éstas, Pierre París la juzga posterior, como el último peldaño en la perfección de aquel arte.

Además algunos críticos han creído hallar en todos los rasgos fisonómicos de la famosa estatua, los étnicos que distinguen a la generalidad de las mujeres levantinas; así como parecen recordar los discos de su tocado las cocas y rodetes de trenzados cabellos con que, hasta hace no muchos años, cubrían nuestras huertanas sus sienes y sus orejas. Por eso ha dicho bellamente Reinach que «*la Dama de Elche es una Carmen que pudo conocer Temístocles*».

Por nuestra parte—sin que podamos precisar la relación de ideas que haya en ello y salvando siempre la conveniente distancia que debe haber entre lo sagrado y lo profano—el lindo rostro de esta hermosa escultura nos evoca la soberana belleza que supo infundir Salzillo en la divina faz de su *Dolorosa*.

JUSTO GARCIA SORIANO.

La Fiesta Cervantina

Es tarea difícil dar una impresión acabada de lo que ha sido la Fiesta Cervantina, celebrada en el teatro Romea la noche del 22 de Abril. Nos excusa además de darla, si quiera aproximada, la información hecha por la prensa diaria de Murcia, y el haber sido presenciada, seguramente, por una gran parte de los lectores de esta Revista.

Pero hemos de consignar con justificado orgullo que este cultísimo festival en honra de Cervantes, ha sido, a nuestro juicio, lo más bello, lo más original que se ha realiza-

do en las fiestas centenarias del inmortal autor del Quijote.

El arte y la poesía, hermanados, con todo el esplendor de sus galas inmarcesibles, han hecho una maravillosa ostentación de su poder subyugador; de tal modo, que han de perdurar en nuestro espíritu y en nuestra memoria las emociones artísticas de esa noche imborrable.

Tenemos el propósito de dedicar por entero el próximo número de OROSPEDA, con la colaboración gráfica que nos sea posible, a la publicación del acervo literario de la Fiesta Cervantina, para que no queden diseminados los inspirados trabajos de nuestros escritores y poetas, y puedan nuestros abenados conservar este alarde de cultura que acaba de hacer la región murciana.

Hay que conservar vivo el recuerdo de esa galana fiesta de la poesía. Han transcurrido algunos días y aun asombra nuestra retina aquella hermosura de color y de matices que se desprendía con esplendores y majezas españoles de aquella sucesión de cuadros cervantinos, llenos de encanto y de ensueño.

¡Qué poesía tan fuerte, tan intensa la de aquel cuadro de Marcela ante la sepultura de Grisóstomo; y aquellos otros de Zoraida, Lusinda, Galatea, Dorotea, la Venta Encantada, la Gitanilla, la casa los Duques, Quiteria, Altisidora, la Duquesa, la sobrina del glorioso loco, la cena de Sancho, y el final de apoteosis con la aparición de Dulcinea!

Imposible más propiedad, ni más lujo, ni más exquisito sentimiento de las artes decorativas. ¡Y qué idealidad la de ese plantel de señoritas, en quienes la poesía, la música y el baile popular tuvieron encarnación tan justa y deliciosa! Era oír las embriagarse de luz, de ritmos, de notas y de belleza, de una belleza castiza y levantina por ningún otro núcleo femenino superada, ni acaso igualada.

Bien mereció tal derroche de gracia, de arte y de ingenio, la digna corona que le puso la palabra fácil, limpia y genial de nuestro gran Benavente. ¡A qué ponderarla! Quien no la oyó, la habrá leído. Prosa de

Benavente, dicha por Benavente. Con esto basta.

Don Vicente Llovera tiene conquistados muchos triunfos. Toda, o casi toda la actividad de su temple de acero, la pone al servicio de la cultura de este país. Su alta y ágil mentalidad corre parejas con su incansable labor, y a estas peregrinas potencias suyas se deben la mayor parte de las solemnidades literarias que tiempo há iniciaron un vigoroso despertar de las letras regionales. Pues bien; el mayor de sus triunfos ha sido la organización de esta hermosísima fiesta de «Las mujeres de Cervantes», de la cual puede y debe estar orgulloso.

Noble orgullo del cual, nosotros, a fuer de murcianos, también participamos. La gloria ha redundado en honra de Murcia entera, que tanto se ha enaltecido al enaltecer tan bizarramente el genio de Cervantes.

DE COLABORACION ESPONTANEA

EL AYUDANTE DE MÁQUINAS

(DRAMA DEL NATURAL)

A D. Baldomero Sánchez.

I

A ciento cincuenta millas de la costa y con rumbo a Canarias, procedente de la Habana, el *Juan José*, impaciente por llegar marcaba, con negro y continuo penacho, su camino. Excepto los que retenidos por la guardia en su duro puesto devoraban silenciosos las horas largas de servicio, toda la tripulación se aprestaba gozosa a festejar la Nochebuena. Hasta el barco parecía sentir la alegría general, porque más que nunca, veloz y gallardo, avanzaba cortando las olas al monótono y acelerado ronquido de su máquina. El Capitán en el puente sonreía, satisfecho de ver lo regular y desenvuelto de su andar; y presumiendo la causa, preguntó al

primer maquinista que se le acercaba en aquel momento:

—¿Quién está hoy de guardia allá abajo?

—El *Señorito*—contestó el mecánico.

—Voy a felicitarlo. Se conoce cuando él entra.

En el obscuro cuarto de máquinas, iluminado apenas por unas lámparas de aceite, un muchacho de veintidos años observaba el manómetro, como si con su enérgica mirada quisiera clavar la aguja en las ciento sesenta libras que ahora marcaba. Desnudo de medio cuerpo arriba, por sus espaldas de atleta corrían de vez en cuando gotas de sudor que, al unirse con otras, formando arroyuelos y resbalando veloces por sus blancas carnes, se iban a perder en la cintura del grasiento y negruzco calzoncillo.

Con la mano izquierda se mantenía sujeto a un volante y con la derecha, apoyada en la cadera, oprimía una pala de fogonero. Hijo de buena familia, honrado y trabajador, pero calavera e indisciplinado, se había marchado a su casa, lejos de la intransigente moralidad de sus padres para vivir libre bajo la feroz inspección de un primer maquinista, en aquel calabozo obscuro y mal oliente.

No había recibido un reproche hasta la fecha, porque el orgullo le hacía cumplir con creces sus duras obligaciones y así, viéndole ahora en tal disposición, claramente se comprendía que acababa de excederse en su deber; venía de ayudar a los fogoneros en su ingrata tarea porque faltaba una hora para entregar la guardia y era para él punto de honor que, a su salida, el manómetro marcara diez libras más de las reglamentarias y que las válvulas, empujadas por su ardor, gimiendo, escupiesen bocanadas de vapor que eran el símbolo de su victoria.

—¡Bravo, muchacho; se vé que es Nochebuena!—gritó el Capitán, asomando apenas la cabeza, medio atolondrado por el olor de aceite caliente.

—Siempre es Nochebuena para mí, capitán!—respondió desdeñoso, sin mirar, el ayudante de máquinas.

Sin embargo aquella bravata fué de labios afuera porque una nube de tristeza empañó, aunque fugitiva, sus ojos de acero. Secó lentamente con un pañuelo de yerbas la frente sudosa y empezó a vestirse muy despacio. Extraña

amargura le invadía, tan intensa, silenciosa y rápida que, a su despecho, un dogal le apretaba ya, cuando se quiso abrochar el cuello de la camisa; pasó la encallecida mano, para disiparlos, por la frente despejada en la que crueles recuerdos le zumbaban, y se apoyó ensimismado sobre el banco de trabajo. La casa, tranquila en tierra, le invitó a la calma y los viejos padres vinieron a desfilar amargos y dignos por su imaginación; las risas felices de otro tiempo, frecuentes y juguetonas, exaltaron su envidia y la enfermedad, solo y malquerido, le amedrentó; y el cadáver de su padre, que al fin y al cabo quería tanto, le obsesionó con su pálida y severa cara, con sus ojos entreabiertos que no había querido cerrar completamente, porque todavía quería ver a su Pedro; y en aquel mar de sentimientos que, contrarios en fuerza y viniendo de apartados lugares, convergían en su corazón para ablandarlo, él, que al fin era bueno, se dejó hundir sin lucha, casi con placer, aunque las amargas oleadas del remordimiento vinieran airadas a golpearle el rostro.

De pronto se irguió, respiró con fuerza y corriendo fué a su camarote para coger un lápiz y un pliego de papel perfumado de los que empleaba para su novia, y con gruesos y claros caracteres escribió:

«24-12-16

»Queridos padres y hermanos: Con toda mi alma os pido perdón...»

El primer resoplido de las válvulas, que empezaban a desahogar, le llamó a su obligación; tenía que engrasar, cogió distraído la alcuza y maquinalmente, absorvido por su idea, hundió el brazo entre los cigüeñales para observar los coginetes y un leve chasquido interrumpió, por un instante, el continuo trepidar de la máquina.

Lanzado por el instinto de conservación, pronto como el relámpago, el joven ayudante se enderezó y, loco de dolor, pálido, desencajado, blandiendo rabioso el destrozado brazo del que pendía ensangrentada e inerte la robusta mano, subió a la cubierta corriendo ciego, huyendo atontado de los que para cuidarlo le perseguían, agitando sin cesar cada vez más violento el machacado miembro, hasta que, acorralado junto a la borda, lanzó al agua en una sacudida, la mano que sólo de un hilo pendía del brazo y con risa estridente, viéndola huir, chilló enloqueci-

do: «Ya lo escribí, te puedes marchar». Y, agobiado por el dolor, cayó sin sentido entre los brazos de los marineros.

II

Sobre la flaca colchoneta de su camarote, el hermoso y robusto cuerpo, devorado por la fiebre se agita sin cesar. Un rollo de trapos blancos marca el sitio de su brazo. Sujeto fuertemente para que no se hiera más, sólo el anhelante respirar y sus vanos esfuerzos indican su presencia; en tanto por su cabeza desfilan informes, monstruosas y amontonadas visiones de horror. Nochebuena, sus padres y su mano se combinan de infinitos modos para atormentarle; su impotencia y la sed hácenle pensar en el sepulcro, pero no en la tumba quieta y fresca del cementerio, sino en la constantemente agitada y abrasadora del cenicero de las calderas marinas, y este pensamiento le hace desear con frenesí, el tranquilo reposo de una fosa, bañado en húmeda tierra que lo envuelva por todos lados en su fresco manto, para que se pueda él dormir, lejos de los enormes cigüeñales que agrandándose sin medida, le persiguen por todas partes para estrujarle.

Ante aquellos monstruos que cobardes le acosan al ver su debilidad, su orgullo se subleva, y él se detiene, desafiándolos; quiere saltar del lecho y con la mano sana pararlos y viéndolos girar, indiferentes a su ira, les escupe furioso... porque son incapaces de calentar los coginetes que él engrasó. La mano derecha le falta... y él es un obrero; y piensa en la Nochebuena y maldice al cielo que se burla de él; y se enfurece, porque no le han dejado acabar su carta, cuando él quería ser bueno, cuando pedía perdón; recuerda su infancia y ve que eso lo hizo el diablo para que no le recibieran en su casa, para perderlo, para humillarlo y que tenga que aceptar el pan de limosna, porque no puede ganarlo, y por entre sus blancos dientes, convulsamente apretados se escapan silbantes de rencor y asco las palabras de «cobarde, infame». Y aún el maldito se ríe de verlo sufrir y le pincha y le estruja la mano, la misma mano que él tiró al agua para que no le doliera...

Su furia aumenta por minutos, la fiebre crece y la carta empezada le asedia con obstina-

ción espantosa; la imagen de sus enemigos que reunidos le asaltan, lleva su desesperación al paroxismo y hostigado por la sed, destroza a mordiscos la almohada y sus labios, tragando ávido su propia sangre.

Las cuerdas, que insensibles, se clavan en el hercúleo pecho a los repetidos esfuerzos de su furor insano, saltan, cansadas de resistirle; y viéndose libre, corre al cuarto de máquinas pa-

ra acabar la carta, marcando, con su pobre brazo que gotea sangre a través del vendaje, su camino, y al verla empezada, leyendo en ella la palabra «Perdón» ríe y exclama: «Te engañé, maldito, me cortaste la mano para que no la escribiera y ya estaba escrito».

El pobre ayudante se había vuelto loco.

BANCORA.

LIBROS NUEVOS

NOVELA

BAROJA, Pío: *La feria de los discretos*.—Madrid, Raggio, editor, 1917.—3'50 pesetas.

Nuevo tablado de Arlequín.—Madrid, Raggio, editor, 1917.—3'00 pesetas.

Paradox, rey.—Madrid, Raggio, editor, 1917.—3 pesetas.

BEDOYA, Manuel A.:—*El hijo del doctor Wolfan* (Un hombre artificial) Novela de lo maravilloso.—Madrid, «Renacimiento», 1917.—3'50 pesetas.

La feria de los venenos.—Madrid, V. H. de Sanz Calleja, editores.—2 pesetas.

POCATEERRA, José Rafael:—*Vidas oscuras*.—Madrid, «Editorial-América», 1917.—4 pesetas.

POESIA

GHIRALDO, Alberto:—*Triunfos nuevos*. Prólogo de J. Más y Pí.—Madrid, «Editorial-América».—3'50 pesetas.

URBINA, Luis G.:—*El glosario de la vida vulgar*. Poesías inéditas de *Crear-Crear*. Madrid, Pueyo.—3 pesetas.

POLITICA

GARCÍA CARRAFFA, Alberto y Arturo:—*Espanoles ilustres, Azcárate*.—Madrid, Pueyo, 1917.—4 pesetas.

TORRE-VÉLEZ, Conde de:—*El bandolerismo político*. Primera parte de la acción nacional revolucionaria.—Madrid, Est. tip. de «El Imparcial», 1917.—3'50 pesetas.

TEATRO

RODRIGUEZ AVECILLA (Ceferino) y MERINO (Manuel):—*La máscara de don Juan*. Drama en tres actos. (Estrenado en el Teatro Infanta Isabel de Madrid, la noche del 17 de Enero de 1917).—Madrid, Pueyo, 1917.—3'50 pesetas.

VARIOS

J. G. N.:—*Aventuras del submarino alemán U...*—Madrid, Raggio, editor, 1917.—2 pesetas.